

GERARDO MURILLO  
DR. ATL  
(1875-1964)

Gerardo Murillo pasó a la inmortalidad con su seudónimo *Dr. Atl*, nombre con el que lo bautizó definitivamente en París el poeta Leopoldo Lugones. Activo en la Revolución Mexicana, se afilió apasionadamente al carrancismo, en el que tuvo a su cargo la organización de los batallones rojos y tuvo una actuación decisiva en la Casa del Obrero Mundial. Al mismo tiempo que estallaba una revolución en su país, se interesó vivamente en la actividad volcánica, como lo demuestra la temprana publicación, en 1913, de *Les volcans du Mexique*. Posteriormente, en 1950 daría a la luz *Cómo nace y crece un volcán. El Parícutín*, que comenzó a formarse en la parte norte de la base del piso de Tancítaro, Michoacán, en 1943. A la pluma de Atl se deben descripciones vívidas del hecho. Sus aportaciones fueron decisivas para la historia del vulcanismo mexicano, y no le fueron a la zaga las que hizo a la pintura del paisaje mexicano.

Aunque su libro *Gentes profanas en el convento* (1950) aparece en el rubro de su trabajo narrativo, en realidad se trata de una obra autobiográfica donde se detalla su relación apasionada con Carmen Mondragón, a la cual llamaría Nahui Ollin, nombre con el que firmaría sus libros y sus cuadros. El título alude a la circunstancia de que los encuentros amorosos de los dos amantes tenían lugar en el estudio que el artista ocupaba en el antiguo convento de La Merced. Además de sus peripecias amorosas, el libro incluye textos de la propia Carmen

Mondragón, los cuales dan prueba de su carácter indómito y su temprana rebelión contra la condición ortodoxa de la mujer.

Los *Cuentos bárbaros* (1930) y los tres volúmenes de *Cuentos de todos colores* —publicados en 1933, 1936 y 1941, respectivamente— del Dr. Atl, lo muestran como un autor vigorado, en los que pone de manifiesto la ritualidad espontánea de los hombres de todas las facciones al estallido del movimiento revolucionario. A su conocimiento del habla coloquial, que introduce en sus cuentos, se alterna un conocimiento de la psicología de sus personajes, la cual formula con unas cuantas pinceladas.

#### “LA VIEJA DE LA PULQUERÍA”<sup>1</sup>

¡Uste ki ombre va a ser, a ber pégueme! A nosotras las mujeres deberas, naiden nos lebanta la mano, ¡i menos las mulas como usted!

El hombre a quien la mujer se dirigía —que estaba ya excitado por el pulque que había ingerido, y por las frases de la vieja— no esperó más: levantó la mano y le lanzó una bofetada. La mujer se escabulló con rapidez y el borracho cayó de bruces.

—¡Ai’stán los ombres d’iora! lebántese desgraciado, yo soy la ke le boy a pegar —y sacó de entre la pretina de la enagua un corto cuchillo, y esperó a que el caído se levantara. Pero el hombre se hacía pato. Comprendía que la riña iba de veras. La hembra adquirió valor y le lanzó una andanada de injurias que hicieron reír a los borrachos que estaban dentro de la pulquería y a la gente que se había detenido pata presenciar el pleito callejero.

Callejero precisamente no —callejono—, porque esta escena se desarrollaba en la esquina de un angosto callejón del barrio de La Merced, frente a la pulquería poéticamente titulada “Horas de Consuelo y de Olvido”, que ostentaba en su fachada, sobre un fondo verde perico, una mujer dormida sobre unas piedras, que tenía delante un vaso lleno de pulque.

Por fin el hombre se levantó esquivando con un manajo de cuerdas —era un cargador de legumbres— los golpes que la mujer le tiraba...

<sup>1</sup> Gerardo Murillo, Dr. Atl, *Cuentos de todos colores*, México, Editorial Botas, 1946.

Apenas contenía su indignación. Se fue retirando poco a poco hasta entrar a la pulquería. La hembra lo siguió y como él iba hacia atrás y estaba bastante borracho tropezó y volvió a caerse. Pero esta vez se levantó violentamente y lleno de furia enarboló las cuerdas y azotó a la mujer.

Un joven intervino —otro cargador— se puso entre los dos luchadores y le reclamó al que pegaba.

—¡Usted métase conmigo i no les pegue a las biejas!

—Usted me gusta pa'bieja, jijo de un tal. —Y arrojando el lazo a un lado sacó, a su vez, un cuchillo, y se echó encima del intruso. Pero los amigos intervinieron, no tan pronto sin embargo que el gendarme echara mano a los rijosos. Cargó con ellos y con la vieja. La gente se quedó haciendo comentarios.

—Karay —decía una mujer tapándose un poco la cara con el rebozo— esta Juanita no tiene remedio: a kada rato los ombres se pelean por eya; ¡ni tan bonita ke juéra! tan kakarisa, i kon esa kortadota ke tiene en el osiko.

—No krea usted —decía otra mujer— ese pobre muchacho ke le reclamó al borracho anda reteenamorado de doña Juanita, ¡ken sabe ké les da!

—¡Ah! —dijo otra mujer— pos les a de dar de la yerba ke tiene doña Petra aí en el puesto de la eskina, ke diske es buena pa'ke los ombres se enamoren di'uno.

—¡No me lo diga'sté! ¿En kuál puesto?

—¡Ande, ande, si usted no la necesita!

Y en tanto Juana había llegado a la comisaría.

Juana realmente era una extraña mujer, por lo feo de su cara, lo androjoso de su vestimenta y por el dominio que ejercía sobre los hombres. Era bajita, delgada, ya de cierta edad, tendría treinta años, picada de viruelas y con una cortada en el hocico —como decía la mujer comentarista— que le ponía un gesto agrio en la boca.

La riña, que había terminado con la intervención de la policía, era una de tantas riñas que la singular atracción de aquella borracha había provocado. En la pulquería y en el barrio se contaban largas series de disputas, puñaladas, palos y pedradas nacidas al calor tumultuoso de las pasiones que aquella hembra provocaba.

Cuando Juana salió libre, después de varias semanas de cárcel, se fue derecho a la pulquería vomitando injurias contra los técnicos, contra el comisario y contra el gobierno, autor de todas sus desgracias. Un grupo de mecaperos, embrutecidos por el alcohol y cubiertos de mugre, le hicieron coro:

—¿Ké tal te jué, Juanita?

—Pos cómo me abía de ir kon esos desgrasiados del gobierno. ¡Me tenían enserrada en un kalaboso oskuro i me estaban matando deambre! ¿i ustedes ké bien me jueron a ber, berdá? Ustedes no son buenos ni pa kargar los bultos de chile, menos pa okuparse de las señoras komo yo, ke ónke me esté mal el desirlo, sabemos representar lo ke semos.

La mujer decía estas palabras con voz firme y profunda convicción.

Luego fue a sentarse en una banca, se quitó el rebozo, echó la cabeza atrás y miró altaneramente desde el pulquero hasta el último cliente.

Uno de éstos se acercó con mucha parsimonia a Juanita, y le dijo:

—Mira, Juanita: ases mal en jugarnos ansina, de malos ombres. Yo, por mi parte, siempre te e tenido kondisión, i akí estoi pa probártelo.

—Yo también —dijo uno de los cargadores que escuchaban y que llevaba enredada en el brazo una gran cantidad de cuerdas— yo también le tengo lei, más ke esti otro.

—A ber —dijo la vieja— apruébenmelo; me kedo con el ke sea más templado.

Juanita miró a los dos individuos con un mirar profundo y maligno. Sus ojos tenían un fulgor lividinoso, y al levantarse para provocar a aquellos hombres, parecía una gata en brama.

—Si se kéren matar —dijo el pulquero— mátense ayá’juera. No me bayan a ensusiar el suelo con su kochina sangre— y los empujó hacia el callejón.

Los dos tipos sacaron sendos cuchillos, se quitaron los sombreros y empezaron a tirarse tajos con furia salvaje.

Pronto uno de ellos hirió al contrario, y éste se puso a la defensiva; pero luego atacó con furia. Paralizó con un brusco movimiento los brazos de su rival y llevando el cuchillo, hasta el vientre se lo metió arriba del miembro y le abrió el abdomen hasta las costillas. Los

intestinos se salieron y el herido se tambaleó y cayó de bruces sobre un montón de tripas.

Juanita soltó la risa y le dijo al matador:

—Así me gusta, ke no se tienten el korasón pa kumplir su boluntá.

—Luego miró al caído. Hizo un gesto de desprecio profundo, paseó su mirada de reina ofendida en tragedia de teatro de barrio sobre todos los presentes y dijo:

—¡Al ke le pareska mal, ke me lo diga!

Esperó un momento, todo el mundo callaba.

—Bueno, me boi con mi ombre.

Y se fue...

